

LA CALLE

DIARIO DE UN ESPECTADOR

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

Compay Segundo



Le fue muy bien a Compay Segundo en su visita a la ciudad de México. Se presentó en el todavía flamante Salón 21, en que según las crónicas, los conociedores lo aplaudieron. Lo entrevistó Cristina Pacheco en su programa de conversaciones en el canal 11, el viernes 12. Y en el Zócalo, anteayer domingo, puso con su música frescura en el torrido mediodía capitalino.

El ambiente no era propicio. Fueron invitados a calentarla, como si hiciera falta, los miembros del Habana Ensemble, un conjunto muy bueno... para otra ocasión. Porque la gente que se había congregado en la Plaza de la Constitución deseaba oír la ronca voz de Francisco Repilado, más conocido como Compay Segundo. De manera que debió aguardar una hora más tarde de lo anunciado para aliviarse al saber que estaba a punto de aparecer el esperado. Pero la sonorización del foro, como se llama a la sustitución de un equipo de sonido por otro, demoró un rato largo, lapso que fue posible aprovechar en una breve entrada a ese gran museo que es ahora el Palacio Nacional, para adquirir un libro.

Aunque la palabra turista no tenga en sí misma nada de malo, chocó al espectador que el gafete con que se debe circular dentro del antiguo palacio de los virreyes identifique así a los visitantes. Así se engloba a quienes viven en la ciudad de México y pasean en ese recinto, como a quienes hacen realmente turismo en la capital de la república. Eso es, en realidad, un tiquismiquis sin importancia, relatado sólo para dar cuenta de la prolongación del preámbulo a la aparición de Compay Segundo.

No hubo silencio durante ese prólogo. Los tambores de más de un grupo de danzantes rituales, de los que buscan restaurar la mexicanidad y ganar algunos centavos, propósitos ambos legítimos juntos y por separado, atronaron el espacio. Lo malo es que no lo hicieron sólo en el entreacto, sino que ofrecieron su propia audición simultáneamente con el concierto.

Así ha ocurrido otras veces. Asistentes a la presentación de Cesaria Evora, por ejemplo, deploraron especialmente lo ocurrido entonces, pues la delicadeza de la voz y el acompañamiento de la cantante de Cabo Verde hizo posible que las percusiones la opacaran. La zona limítrofe entre el público que acude a oír y ver a los danzantes autóctonos y el que quiere escuchar la música relanzada por el Buena Vista Social Club resulta especialmente conflictiva para el oído. Se escuchan las dos audiciones y no se escucha ninguna.

De todos modos, al fin comenzó el turno de Compay Segundo. Su frase inicial no fue bien recibida, y es seguro que a él le resultara incomprendible la rechifla que siguió a su referencia a Emilio Azcárraga. El interprete cubano lo recordó, al proclamar a México como su segunda patria, como la persona que le permitió el acceso a la radiodifusión en nuestro país. Y es que se refería a Azcárraga Vidaurreta, el fundador del imperio que, crecido, se llama hoy Televisa; padre de Azcárraga Milmo, El tigre; y abuelo de Azcárraga Jean, el actual y joven presidente y director general de un consorcio cuyas deudas con una buena parte de la sociedad mexicana no tienen por qué ser conocidas por Compay Segundo.

Durante poco más de una hora, hasta las quince quince, se extendió su concierto. La mayor parte de las melodías interpretadas con su ronco pecho, son las que obran en su disco Calle Salud, una grabación de Gasa, sello que pertenece a la Warner. Pero para beneficio de su público mexicano, hizo adiciones a ese programa, y entre ellas sobresalió La malagueña. Asistimos entonces a la mágica mutación del viejo son huasteco, que reclama un falsete privilegiado, en un rítmico son cubano, apropiado para la grave voz del Compay Segundo. Y también para bailar, como hicieron no pocos de los jóvenes asistentes al concierto.